Archivo Histórico de Jalisco Departamento de Investigación y Divulgación

El Tiempo en Jalisco

Año IX Núm. 25 Marzo 2014

Indice

Editorial 3

Linea del Tiempo 5

La conquista de la Nueva Galicia: Una semblanza 6

a) Antecedentes de la conquista: situación política, económica y cultural de la región antes de la llegada de los españoles

b) La llegada de los españoles al centro occidente de México: exploración y conquista de los capitanes de Hernán Cortés

c) La conquista de la Nueva Galicia: el esfuerzo de Nuño Beltrán de Guzmán de crear su propio virreinato

d) Los primeros asentamientos de la Ciudad de Guadalajara

e) Rivalidades y confrontaciones entre los dos conquistadores: Guzmán y Cortés

f) La Guerra del Mixtón y la fundación definitiva de Guadalajara

Bibliografia 17

Editorial

En la presente entrega del Tiempo Jalisco, la primera del 2014, hemos hecho un recuento de los sucesos más relevantes de la conquista de la Nueva Galicia. Comienza el texto narrando lo acontecido durante las primeras exploraciones de los capitanes de Cortés, Chirinos y Ávalos.

Ninguno de los dos fijó el dominio español en la región y sus viajes fueron más de reconocimiento que de verdadera conquista; tendría que llegar, posteriormente el sobrino de Cortés, San Buenaventura para avanzar en esta intención. Sin apelar a la intimidación y al uso de las armas, el conquistador logró el sometimiento pacífico de muchas tribus y pueblos del occidente de la Nueva España. Quien en verdad puede ostentarse como el conquistador de la Nueva Galicia fue el archienemigo del vencedor de los mexicas, Nuño Beltrán de Guzmán, gobernador del Pánuco y presidente de la Real Audiencia de la Ciudad de México.

Sobre él gravita nuestra narración histórica; su figura es digna de ser destacada, pues sus proezas militares, avatares y hasta sus actos de crueldad hicieron posible la implantación del régimen colonial en un zona, como la Transtarasca; que había logrado mantener, en tiempos precortesianos, su autonomía e independencia, frente a potencias locales como los purepechas y los aztecas.

Finalmente, la presente monografía concluye con la famosa guerra del Mixtón, la última ola de resistencia que pudo prosperar a tal grado de poner en riesgo la presencia española en toda Mesoamérica. Esperamos que la presente revista sea de su interés; y cualquier comentario o aportación será bien recibida en el Archivo Histórico de Jalisco. Si El Tiempo Jalisco es de su agrado, recomiéndela; es una publicación electrónica gratuita realizada por el AHJ, con el apoyo de la Secretaría General de Gobierno, a través de su Dirección de Informática.

Lic. Carmen Guadalupe Lomelí

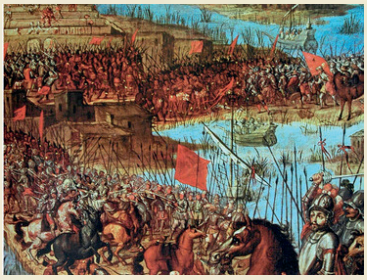
Directora del Archivo Histórico de Jalisco

Línea del tiempo

Linea del Tiempo

13 de agosto de 1521

Los españoles de Hernán Cortés toman la ciudad de Tenochtitlán.



1524

Francisco Cortés de Buenaventura explora las tierras del occidente de México.

20 y 21 de diciembre de 1529

El ejército de Nuño Beltrán de Guzmán abandona la Ciudad de México a la conquista de la Nueva Galicia.

5 de julio de 1530

Guzmán funda la Conquista del Espíritu Santo de la Mayor España.

9 de abril de 1541

Francisco de Ibarra se presentó a combatir la rebelión del Cerro de Mixtón.

24 de junio de 1541

Es herido de muerte Pedro de Alvarado al atacar a los guerreros de Tenamaztli

2 de octubre de 1541

Comenzó el Virrey Antonio de Mendoza su campaña militar en contra de los indios insurrectos del Mixtón.

La conquista de la Nueva Galicia: Una semblanza

Por el Dr. Fabian Acosta Rico

a) Antecedentes de la conquista: situación política, económica y cultural de la región antes de la llegada de los españoles

En el año de 1521 cayó Tenochtitlan. En la ciudad, Cortés y sus hombres no encontraron el suficiente oro que recompensara sus servicios a la Corona y a la Iglesia. Las palabras del último tlatoani mexica, Cuauhtémoc, sacadas mediante la tortura, no revelaron el paradero del tesoro de Moctezuma.

El horizonte de conquista se ensanchaba. En alguna parte de aquella remota y desconocida geografía, debían estar esas siete legendarias ciudades construidas con metales preciosos. Dios no les podía negar a tan piadosos y valientes cristianos dar con Cíbola y con las otras seis urbes fundadas, cada una, por los siete obispos que huyeron de Mérida, España; después el asedio de los moros, en el 713. Para constatar si la leyenda era cierta había que caminar rumbo al norte, haciendo antes algunas paradas estratégicas.

Los tarascos les negaron su ayuda a los mexicas. Cuauhtémoc le solicitó a su rey, Tangaxoan II, unir lanzas contra el invasor. No quiso el Taríacuri estrechar la mano del que seguía siendo su enemigo. Prefirió rendirse ante uno de los hombres de Cortes, Cristóbal de Olid, en 1522.

b) La llegada de los españoles al centro occidente de México: exploración y conquista de los capitanes de Hernán Cortés antes de la llegada de los españoles

Por órdenes de Cortés, salieron de la ciudad de México, en 1521, los capitanes Alonso de Ávalos y Juan Álvarez Chico a explorar las tierras del occidente y las costas del Pacífico. Enfilaron hacia Tzintzuntzan, donde Tangaxoan los acogió y proveyó de guerreros y recursos. Colímotl emboscó al ejército de Álvarez Chico en una barranca. Lo derrotó e hizo huir hasta Michoacán, donde obtuvo el auxilio de Cristóbal de Olid; quien marchaba rumbo al Mar del Sur. Unieron fuerzas Olid y Álvarez Chico sin beneficio. En Alima, los guerreros del Rey de Colima los enfrentaron y volvieron a vencer.

Disgustado por la resistencia indígena, el conquistador de Tenochtitlan envió a uno de sus mejores capitanes, Gonzalo de Sandoval; quien se encontró con Ávalos combatiendo en el mismo campo de batalla, donde antes fueron derrotados sus compañeros de armas. Tomaron revancha los españoles. Colímotl vio morir a muchos de sus guerreros en manos del enemigo. Huyó con unos pocos fieles rumbo a la sierra.

Menos accidentada y belicosa fue la expedición de Francisco Cortés de San Buenaventura por el Occidente de México. Emprendió su exploración por el año de 1524. Hizo una escala en la villa de Colima, donde se presentó como su primer alcalde. Tras aprovisionarse de lo necesario, siguió su marcha sorteando un paisaje de tupida vegetación. Arribaron así a Ameca, y de allí a Etzatlán. Al poco tiempo estaban los españoles en Tepic, donde Cortés de Buenaventura recibió del tlatoani local una jícara con oro. Después se entrevistó con la mujer que gobernaba el reino de Xalisco, viuda y con hijo de diez años. La reina le recibió con hospitalidad; misma que no vio en Tintoque. En este lugar, una espesura de incontables guerreros ataviados con plumas y banderas les cerró el paso a Cortés. No obstante, aquellos guerreros rindieron sus armas pacíficamente y dieron alojamiento a los nuevos amigos de piel blanca. Llamaron aquel sitio "Valle de Banderas". Regresaron los españoles sin dejar colonia o asentamiento alguno. Sólo tomaron posesión de forma simbólica de aquellos pueblos.

c) La conquista de la Nueva Galicia: el esfuerzo de Nuño Beltrán de Guzmán de crear su propio virreinato

El primer obispo de México, Juan de Zumarraga, habló con los miembros de la Real Audiencia sobre los desmanes y reyertas en los que derrochaban fuerzas y sangre los conquistadores, impacientes por nuevas aventuras y descubrimientos. Los oidores culparon de los males y las discordias imperantes a Hernán Cortes.

Gobernar le resultó más difícil que conquistar al vencedor de los mexicas. En la Corte de España circulaban acusaciones sobre su mal desempeño como administrador. No tuvo más salida Cortés que embarcarse rumbo a España para responder a los cargos que le imputaban y demandar, de paso, el justo pago por sus servicios. Añoraba mayores honores, títulos y derechos.

En su ausencia, el gobernador de la Provincia del Pánuco, Nuño Beltrán de Guzmán fue nombrado presidente de la Real Audiencia. Nacido en Guadalajara, España, tenía una bien ganada fama de hombre audaz. Despobló el Pánuco sometiendo a miles de indios y vendiéndolos después como esclavos. Los oidores despacharon infamias con generosidad y Guzmán atacó a los protegidos de Cortés, a quien tenía por rival y enemigo.

Indignado por tal dispendio de injusticias, el obispo Zumarraga le dirigió una carta al Rey, el 27 de agosto de 1529, describiéndole los crímenes de aquellos malos gobernantes. La misiva puso a Cortés al tanto de la situación. Liberado de culpas, emprendió el viaje de regreso. Nuño Beltrán de Guzmán, temeroso de las represalias que Cortés podría tomar en su contra, organizó un ejercito para salir en pos de nuevas conquistas.

Creyó, como muchos otros conquistadores, que ganar nuevos reinos para España sería el mejor acto de expiación para sus fechorías y excesos. Salió de la capital de México entre el 20 y 21 de diciembre de 1529. Retomó la ruta trazada por Cortés de Buenaventura en su expedición. El 2 de febrero de 1530, las tropas de Guzmán cruzaron el actual río Lerma.

Falto de recursos, en Tzintzuntzan, torturó al rey purépecha, Tangoaxan, esperando persuadirlo de compartirle sus riquezas. Nada obtuvo. Siguió entonces hasta Coynan. Los tarascos que le servían de tropa auxiliar tenían por enemigos a los lugareños así que le prendieron fuego al poblado. Continuaron los españoles hasta Tonalá, centro de una monarquía indiana que confederaba a los tlatonazgos de Tlaquepaque, Tololotlán, Coyolan, Mezquitán, Tateposco, Tlaxomulco, Cuescomatitlán, Coyutlán, Toloquilli, Tzalatitán, Atemajac y Tetlán. Gobernaba aquella confederación la reina

Cihualpilli Tzapotzinco.

Los nobles, bajo la égida Cihualpilli, estaban divididos en dos bandos: unos apoyaban a la reina en su decisión de someter la confederación al dominio del invasor; el resto se oponía y exigía hacerle la guerra a los españoles. Así opinaban los caciques de Coyolan de Ichcatán, Tzapotlanejo y Tetlán. Armas en mano se fueron para el monte.

Guzmán no podía disfrutar tranquilo la hospitalidad y atenciones de sus anfitriones, teniendo a tres mil indios insumisos atrincherados en un cerro cercano. Les envió a su escribano, Hernando Sarmiento y a su maestro de campo exigiéndoles rendición y lealtad al Rey de España. Como respuesta obtuvieron una ensordecedora gritería y un diluvio de piedras y flechas. Guzmán respondió con fuego y metal; envió por la falda del cerro, de cara al río, una columna mixta de infantes y jinetes al mando de Cristóbal de Oñate; por el lado contrario, ordenó el avance de otra fuerza igual dirigida por Francisco Verdugo. El grueso de su ejército, bajo sus órdenes, enfrentó a los rebeldes por el centro. Opusieron fiera resistencia los desafectos súbditos de Cihualpilli. Al propio Guzmán le arrebataron la lanza y con ella le dieron de palos. A un alto costo de hombres y cabalgaduras, vencieron los españoles. A los que lograron huir, Pedro Almídez Chirinos les persiguió por las barrancas cercanas de donde regresó con gran cantidad de fugitivos.

Para coronar su triunfo, Guzmán tomó posesión, formal y solemne, de aquella provincia el 25 de marzo de 1530. Hizo que Cihualpilli jurara lealtad al soberano de España y sobre el cerro, donde corrió tanta sangre en honor de la libertad y la autonomía, mandó construir una enrramada figurando un templo al que bautizó: Victoria de la Cruz. Sobre aquella construcción erigió efectivamente una cruz, hechura de Martín López, visible a la distancia.

El 10 de abril, Domingo de Ramos, entró el Presidente en la población de Nochistlán, dispuesto a pasar allí la Semana Santa. Para celebrar con propiedad los ritos, ordenó construir una iglesia de carrizos adornada con flores y plumajes. El 12 de abril, en plenas Pascuas, salió rumbo a la ciudad sagrada de Teul a la que encontró abandonada; lo que le dio licencia para quemarla.

En su caminó, el ejército de Guzmán (cuatrocientos españoles y veinte mil indios) se topó con la hoy laguna de Magdalena y en un poblado adyacente, Etzatlán, alojó a su gente. Se aventuraba cada vez más al norte el ejército de Guzmán. El 5 julio, de la Pascua de Pentecostés, cruzó el río Santiago, por Itzcuintla, entró así al señorío de Centipac.

La significación religiosa del día debió inspirar a Guzmán ya que, atravesado el río, hizo formar a su tropa a la que hizo pública, con un escribano de testigo, su decisión de tomar posesión, a nombre del Rey, de todo lo hasta ahora conquistado.

Y como queriendo quedar bien con Dios también, declaró que el río se llamaría Espíritu Santo y las provincias todas: La Conquista del Espíritu Santo de la Mayor España. Rivalizando con la Nueva España de Cortés, Guzmán fundaba la Mayor España. Al final las tierras conquistadas por el Presidente recibirán el menos ostentoso nombre de Nueva Galicia.

En Cillan, un nuevo ejército de nativos sucumbió ante el acero español. Pero al ser la fortuna una dama voluble; ésta dejó, al tiempo, de sonreírle al rival de Cortés. Una epidemia ocasionó la muerte de miles de sus indios auxiliares; a quienes los españoles dejaron postrados en su agonía; pues les preocupaba más sacarles todo el oro y la plata posible a los caciques locales.

Entre el 19 y el 26 se presentó el ejército de Guzmán en la ciudad de Aztatlán. En su forma abreviada, Aztlán, (este nombre de inmediato nos remite al mítico lugar del que emigró la tribu nahuatlaca que fundó Tenochtitlan, mas parece tratarse de lugares distintos). En este poblado le siguieron llegando malas noticias e infortunios a Guzmán. Supo por un emisario de los oidores, de nombre Juan del Camino, del regreso de Cortés. De inmediato, mandó Chirinos a la capital a hablar en su nombre y a defender sus intereses ante Hernán Cortés.

El 20 de septiembre cayó sobre Aztatlán un verdadero diluvio que ahogó a más de mil indios que yacían enfermos en el suelo. Todo el campo quedó inundado; en más de dos leguas a la redonda no se divisaba tierra alguna. Sobre árboles y altozanos (montes de pequeña altura) lograron salvarse de la acometida de las aguas Guzmán y algunos de sus hombres. Con el maíz que flotaba sobre aquel mar caído del cielo se alimentaron. Agobiados por el hambre, los guerreros del

Presidente tomaron por comida a cuanto sapo y sabandija encontraron. Por este malsano alimento contrajeron todo tipo de enfermedades que sembraron más muertes, sobre todo entre los indios.

Oñate tuvo que levantarle el ánimo a Guzmán; quien, afligido, recapitulaba acerca de todas las crueldades cometidas y de cómo aquel terrible fin podría ser su justo castigo. Lograron los españoles reponer el valor y las fuerzas con ayuda de los lugareños; quienes les alimentaron y cuidaron. Continuaron su peregrinar rumbo al norte siguiendo las rutas trazadas por los mapas y las leyendas. En efecto, se toparon con una ciudad cuyo nombre, Cihuatlán lo relacionaron con el mítico reino de las amazonas: pues la traducción de éste sería "tierra de mujeres". Mas no dieron con ninguna ciudad de mujeres guerreras, sino con un pequeño poblado de indios cuyas mujeres vestían pieles de venado.

Marchaban los conquistadores rumbo al hoy estado de Durango. Muchos perdían la fe en la empresa. El paisaje resultaba inhóspito y poblado por salvajes. La riqueza y gloría no aparecían por ninguna parte. ¿Qué sentido tenía matarse por un pedazo de desierto de cuyas arenas no emergía ninguna ciudad adoquinada con oro? Con oportunidad supo Guzmán que algunos de sus capitanes conspiraban en su contra. Dio con el principal instigador y lo mandó horcar. Pronto dieron la media vuelta para consolidar su dominio sobre lo ya conquistado.

d) Los primeros asentamientos de la Ciudad de Guadalajara

A su regreso a Xalisco, Guzmán ordenó, a finales de 1531, fundar una ciudad, donde antes estaba Tepique, cuyo nombre sería Santiago de Galicia de Compostela.

El Presidente tenía ya ciudad para su virreinato, faltaba delimitar su territorio. Hipotéticamente, éste abarcaría, a partir del Río Santiago o Lerma, los territorios de Coinan, Tonalá, Zacatecas, Xuchipila, Tlatenango, Teocaltech, Acaponeta, Chiametla, Culiacán, Petatlán, Sinaloa, Yaquimí, Topia y otras más. Bautizó a este dilatado dominio como Conquista del Espíritu Santo, de la Mayor España. Lo dividió en dos reinos: Castilla la Nueva de la Mayor España y Nueva Galicia.

Para informar a sus majestades de sus logros, envió Guzmán a la Corte española a Gonzalo López. La Reina dispuso dejar un solo nombre: Nuevo Reino de Galicia; a su conquistador le reiteró el nombramiento de gobernador y fijó como su capital la ciudad de Compostela. Lo ganado en la corte, lo perdía Guzmán en la capital de la Nueva España: pues los nuevos oidores no le reconocieron como presidente.

Para compensar esta pérdida de influencia en la capital, el ahora gobernador consolidó sus conquistas creando nuevas villas. Le encomendó a Juan de Oñate, a principios de octubre de 1531, fundar en Tonalá la villa del Espíritu Santo. La rebautizó como Guadalajara; en recuerdo de la ciudad nativa de Guzmán, situada a orillas del río Henares, en España.

La fundación tuvo lugar en enero de 1532, en Nochictlán. Pronto se mudó. En mayo de 1533, bregando en su cotidiana persecución de indios insumisos, Guzmán hizo una visita a Guadalajara. Le preocupó que la ciudad no tuviera fuentes de abastecimiento de agua cercanas, entre otras carencias. Reunió a los alcaldes (que él mismo había designado) Sancho Ortíz y Miguel Ibarra junto con los regidores para convencerlos de mudarse.

Como al gobernador nadie le daba la contraria, a riesgo de recibir azotes o perder un pie, aceptaron gustosos la mudanza. Envió Guzmán a Ibarra, Santiago de Aguirre y a Alvar Pérez a buscar un buen lugar. Dieron con uno en Tlacotán de abundante agua, huertos y montes tupidos de pinos.

A Oñate no le pareció el cambio dado, ya que el lugar pertenecía a su encomienda y la nueva fundación le quitaría tierras. En su calidad de Alcalde mayor, Oñate influyó para trasladar la errante villa de vuelta a Tonalá.

e) Rivalidades y confrontaciones entre los dos conquistadores: Guzmán y Cortés

Las ambiciones y logros de Guzmán seguían chocando con los de Cortés. El vencedor de los mexicas acusó a su rival de invadir sus tierras cuando combatía al supuesto Reino de las Amazonas.

El Consejo de Indias y la Real Audiencia acogieron su reclamo y exigieron la restitución. Por su parte, los neogallegos aspiraban a un estatus de autonomía que los confrontó con los poderes centrales. Para frenar con tiempo estos afanes separatistas, dispusieron estos poderes que la Nueva Galicia se incorporaría a la Nueva España y mandaron a Luis de Castilla a fungir como gobernador. Antes de llegar a su destino, Juan de Oñate lo tomó preso y lo condujo a la ciudad de Compostela donde Guzmán lo hizo desistir de su encomienda. Regresó Castilla a la capital donde le esperaba Cortés disgustado por su fracaso y de paso le cuestionó su falta de valentía.

El litoral del pacífico era una región codiciada que prometía como zona de exploración; así lo entendía Cortés; quien soñaba con nuevos viajes por la Mar del Sur. El problema era que Guzmán se sentía dueño y señor de dichas costas. Un nuevo choque de protagonismo y celos territoriales estaba en puerta.

El 30 de junio de 1532, dos bergantines zarparon de Acapulco: el San Marcos y el San Miguel. El San Marcos se perdió en las costas de Sinaloa: el San Miguel logró anclar cerca del río Culiacán. Veinte de sus tripulantes tras desembarcar fueron aprendidos por Guzmán. El resto desplegó velas e intentó huir; pero, una tormenta los hizo encallar cerca de las costas de Xalisco. También fueron capturados.

En su rescate, mandó Cortés otros dos barcos que zarparon, el 30 de octubre de 1533, del puerto de Santiago,

hoy Manzanillo. En uno de ellos, la Concepción, estalló un motín y el barco terminó en California; donde sus tripulantes desembarcaron y perecieron víctimas de los aborígenes. Los escasos sobrevivientes de la expedición fueron capturados por el Conquistador de la Nueva Galicia.

Disgustado por la aprehensión de sus hombres y, de su barco, Cortés elevó su queja ante al Real Audiencia. Los oidores le ordenaron a Guzmán la reparación de los daños. Les mandó una carta con evasivas. Las autoridades no hicieron entrar en razón a ninguno de los dos rivales. Harto de negociar con intermediarios y de perder dinero por culpa de Guzmán, el vencedor de los mexicas aprovisionó otros tres barcos: el San Lázaro, el Santo Tomás y el Santa Agueda, y los envió a Chiametla; punto al que también marchó, por tierra, al frente de un ejército. Se plantó Cortés con una fuerza de cuatrocientos soldados de a pie y de a caballo afuera de Compostela.

Como buenos caballeros a las órdenes del mismo rey platicaron. Guzmán le aclaró a Cortés que su barco estaba allí, donde encalló; que podía llevárselo cuando quisiera. Todo terminó en un forzado apretón de manos. El Conquistador de los mexicas siguió sus exploraciones por la Mar del Sur, sin vientos ni fortuna a favor.

El ocaso de los viejos conquistadores estaba cerca. Tras cumplir su cometido ya resultaban molestos para el trono y la corte. Corto de recursos para combatir nuevas insurrecciones y obtener más riquezas y honores, Guzmán decidió presentarse en Madrid a dar cuenta de los delitos que le imputaban. De sus allegados, a los que reunió en Compostela, recibió buen ánimo. En el fondo, por ambición o resentimiento, deseaban verlo partir y no regresar nunca. Y así ocurrió.
Quedó como gobernador Cristóbal de Oñate. Estaba por irse Guzmán cuando desembarcó en Veracruz el juez Diego Pérez de la Torre con la orden del rey de apresar al Conquistador de la Nueva Galicia. Se presentó el juez en el despacho de Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España, a pedirle ayuda para cumplir su encomienda. Al salir de su cita, se topó con Guzmán quien, por coincidencia, visitaba también el virrey.

Quitándose de cortesías palaciegas, intercambiaron reclamos e insultos el juez y el conquistador: el primero por intentar cumplir en el momento la orden dada; el segundo por encontrarla injusta. Tuvo que llamar a la calma Mendoza. Terminó Guzmán preso, entre delincuentes comunes, en las Atarazanas o fortalezas de la Ciudad de México.

Tras veinte meses de reclusión se le excarceló el 30 de julio de 1538 con la orden de embarcarlo rumbo a España. Nunca recibió condena ni recuperó su libertad. Le encarcelaron en la villa de Torrejón de Velasco, a ocho leguas de la Corte, donde murió, en 1550, en la mayor miseria y abandono.

f) La Guerra del Mixtón y la fundación definitiva de Guadalajara

Durante las primeras décadas de la Colonia, el yugo español trajo a las tierras de la Nueva Galicia esclavitud, pobreza y muerte. Al menos así fue durante las primeras décadas. Pronto, muchos sometidos dieron ese gran paso que separa el sufrir con resignación al de luchar con valor.

Refieren las crónicas de la época que se encontraba una multitud de indios en Tlaxicotzin. Algunos bailaban en rededor de un calabazo con religiosa euforia. Sorpresivamente, una ráfaga de viento lo arrebató del suelo. Una hechicera presente interpretó el fenómeno como una señal de que así como el calabazo fue levantado, con igual facilidad arrojarían de sus tierras a los españoles.

Así comenzó, con un toque de leyenda, la Guerra del Miztón; rebelión indígena que, más allá de los hechos fantásticos, supo capitalizar la vulnerabilidad de la Nueva Galicia En efecto, su nuevo gobernador, Cristóbal de Oñate, no tenía el arrojo y determinación de Guzmán; ni los hombres ni recursos.

La rebelión se propagó con la rapidez de la desesperación y con la fuerza del odio que las crueldades e injusticias del conquistador habían sembrado entre las naciones nativas. De la sierra de Tepec, la insurrección se extendió a Tlaltenango, Xochipila, Nochictlán y Teocaltech.

Dos caudillos encabezaron la rebelión. Por los rumbos del occidente, Coaxícari fue el jefe; por el norte, mandaba Tenamaxtli, cuyo nombre castellano (o de bautizo) era Diego Zacatecas. Dimensionó el gobernador el peligro y tomó medidas. Envió de Guadalajara a Miguel de Ibarra con cuarenta jinetes y otros tantos de a pie, más un gran número de indígenas aliados provenientes de Tlaxomulco y Tonalá. Al llegar a Xochipila encontraron el poblado vacío. Sus moradores estaban atrincherados en el cerro del Miztón

o del Gatito dispuestos a la guerra. El día 9 de abril de 1541, el ejército de Ibarra ocupaba la falda del cerro. Desde sus alturas escucharon los insurrectos las palabras del capitán español que ofrecía el perdón a cambio de la rendición o, de lo contrario, prometía una cruenta batalla. Los guerreros de Tenamaxtli no querían negociar. Los augurios los favorecían. Le contestaron que hablarían con sus caciques y que mañana bajarían. Y lo hicieron, pero blandiendo sus armas y arrojando flechas y piedras.

A las ocho de la mañana, del 10 de abril, Domingo de Ramos, un eclipse de sol oscureció el cielo; miles de guerreros se arrojaron sobre el ejército de Ibarra. El ataque resultó demoledor. Murieron diez españoles, de los sobrevivientes ninguno huyó ileso; de las tropas auxiliares casi ninguno sobrevivió. El propio cacique de Tlaxomulco terminó tendido en el campo de batalla.

Oñate mantuvo la calma. Puso bajo alerta a Guadalajara y mandó a Diego Vázquez Buendía a México, a pedir refuerzos al Virrey. Del Océano Pacifico, un inesperado o casual aliado llegó muy oportunamente. Se trataba de Pedro de Alvarado, Adelantado de Guatemala, capitán de Cortés y artífice de la famosa Matanza del Templo Mayor.

Asociado con Andrés de Urdaneta, el navegante que trazaría la ruta de la Nao de China, Alvarado preparaba una flota repartida en los puertos de Navidad y Manzanillo, que partiría a explorar las islas de las especies. El Virrey patrocinaba la empresa.

En el puerto de Navidad, el encomendero, Juan Fernández de Hijar contactó con Alvarado. Le solicitó que fuera en auxilio de Oñate. Accedió de buena gana. Enfiló para Manzanillo donde tenía el resto de sus fuerzas: un total de trescientos hombres. Y con ellos regresó.

Escaso en tropas para socorrer a Oñate, el Virrey le hizo saber al emisario del gobernador, Vázquez Buendía, que ordenaría a Alvarado aplazar la exploración hasta lograr la pacificación de la Nueva Galicia. Esta encomienda esperaba al Adelantado de Guatemala al regresar al puerto de Navidad; de donde partió rumbo a Guadalajara. El 12 de junio llegó a la villa al frente de 100 soldados.

Alvarado estaba ansioso de ir a combatir la insurrección; pero, como al final el Virrey decidió siempre

sí enviar refuerzos; Oñate le aconsejó esperar la llegada dichas tropas. No tenía fama de prudente Alvarado. Su valor o temeridad le aconsejaron no esperar y para rotular su desplante no quiso sumar a su ejército a los vecinos y soldados de Guadalajara; pues, a su juicio, con sus hombres le bastaban para ir y vencer "a cuatro gatitos encaramados en los riscos de los montes".

No veía Alvarado con claridad la situación; su bravura y arrogancia lo cegaban. En el subestimar a su enemigo le fue la vida; pues al final ni eran cuatro y, más que gatitos, resultaron leones de montaña los guerreros de Tenamaztli.

El 24 de junio se les presentó en el Peñón de Nochictlán, con sus 100 hombres y cinco mil auxiliares de Michoacán, Tonalá y Tlaxomulco. Del otro lado, detrás de siete cercas de piedra lo aguardaban más de 15 mil insurrectos.

Bajó de su caballo y con sus manos empezó a quitar las piedras de la primera cerca para formar un portillo y poder pasar. Le ordenó después al capitán Falcón que avanzara por el otro lado, abriéndose paso con el fuego de los arcabuceros. Les repelieron los insurrectos con una lluvia de piedras y flechas tan copiosa que los obligaron a huir en desorden. El capitán Falcón murió junto con muchos indios auxiliares mientras bajaba rumbo a la llanura.

Los guerreros de Tenamaxtli, sobre terrenos más planos formaron una media luna para combatir de frente y por los flancos al ejército de Alvarado. La formación se fue cerrando al grado de amenazar con envolver por completo a los españoles. Estos huyeron entre pantanos hasta una quebrada empinada que remontaron a toda prisa. Alvarado iba en la retaguardia retando a los perseguidores y cubriendo la huida de sus hombres. Cuando sus adversarios habían dejado de perseguirlos; uno de sus hombres, de nombre Baltasar Montoya, no salía de su pánico y seguía forzando, con las espuelas, el galopar de su caballo. Intentó calmarlo el Adelantado: "Sosegaos Montoya, que los indios parece que nos han dejado". El miedo lo ensordecía y siguió fustigando al animal hasta que resbaló dando tumbos por la cuesta yendo a chocar contra Alvarado a quien arrastró a una barranca.

Arrogante y marcial en todo momento, no quiso que los indios supieran su desgracia. Ordenó a uno de sus hombres ponerse su armadura e insignias. Sus heridas eran graves y se lamentaba por ello: "esto se merece quien se junta con hombres como Montoya". El golpe recibido en el pecho apenas le permitía respirar. Al preguntarle qué le dolía, respondió que el alma: "Llévenme donde la curan con el bálsamo de la penitencia".

Le trasladaron a Atenguillo donde lo encontró Oñate. El moribundo se sinceró con el gobernador: ante él reconoció la imprudencia de no atender los consejos de quienes conocían mejor el lugar y al enemigo. Al día siguiente llegó a Guadalajara, el 4 de julio de 1541. Tras aliviar el alma murió.

Moría una leyenda y nacía otra. Tenamaxtli pasó a la ofensiva. Decidió atacar la ciudad de Guadalajara. Sus defensores levantaron murallas y excavaron fosos. Mendoza les mandó, a suplica de Oñate, 70 soldados de a pie y de a caballo. El 27 de septiembre, los insurrectos hicieron entrar en pánico a los vecinos de la ciudad. El número y fiereza de los atacantes despertó ese miedo que invita a la plegarias y al llanto. Oñate mantenía la calma y la energía requeridas para organizar la defensa.

El día 28 a las once de la mañana, las huestes de Tenamaxtli, unos 10 o 15 mil guerreros, comenzaron el asalto a la ciudad. Los atacantes horadaron las defensas y obligaron a los españoles a replegarse a casas que servían de fortines. A fuego de cañón contenían el ataque masacrando a gran número de indios. Mal caía uno cuando otro ocupaba su lugar. Tras varias horas de combate, los atacantes, seguros

de la victoria, se replegaron a descansar prometiéndoles a los españoles que los obligarían a morir de hambre encerrados en sus fortalezas.

Oñate sabía que tenían razón. Había que huir o morir en el intento. No existía más opción. Abriéndose paso nuevamente con la artillería, Oñate se puso al frente de un piquete de soldados; a los flancos resguardaban la salida, por un lado, Anuncibay y, por el otro, Andrés de Villanueva con la caballería.

Dadas las circunstancias, Oñate le propuso al cabildo trasladar la ciudad a otro sitio. Tlacotán no era zona segura; tenía en frente numerosas barrancas que podían esconder a potenciales enemigos y por detrás estaba el río que cortaba la retirada en caso de ataque.

Eligieron como nuevo asentamiento el valle de Atemajac. Esta tierra le pertenecía a Guzmán y el tomarla lo enfadaría. Mas dada su situación (prisionero y encarando la justicia) ya no intimidaba y si algún miedo quedaba, las palabras de Beatriz Hernández, esposa de Diego Hernández, lo despejó. Leyenda o realidad, la historia consigna que la mujer alzó la voz con fuerza ante los titubeos e incertidumbres de los vecinos y sus palabras fueron: "el rey es mi gallo ¿qué nos ha de hacer D. Nuño que ha sido causa de hallarnos en estos lances? Debe fundarse la ciudad donde más convenga sin respeto al Sr. Guzmán ni a otro alguno".

La reubicación no salvó a los neogallegos del peligro. Tenamaxtli seguía al asecho. Perdió una batalla pero continuaba en pie de lucha. Para fortuna de los vecinos de Guadalajara, el virrey Mendoza no subestimó la rebelión (la muerte de Alvarado debió pesarle) y decidió ir en persona a sofocarla.

Salió de la capital, el 2 de octubre de 1541 al frente de 300 jinetes, otros tantos infantes, 8 piezas de artillería y veinte mil indios nativos de Tlaxcala, Huexotzinco y Chalco. En Coynan, Mendoza obtuvo su primera victoria sobre los insurrectos. Los sobrevivientes se fortificaron en el Peñón de Nochictlán. En Acatic, el gobernador Oñate, en compañía de 50 soldados, unió fuerzas con el Virrey. Ambos deliberaron como atacar el peñón. Antes de iniciar el asalto, mandaron a Miguel de Ibarra a concertar la paz. Tenamaxtli le contestó a Ibarra que: "yo también os requiero para que os volváis a vuestra Castilla, pues nosotros estamos en nuestra tierra". El encomendero intentó intimidar al caudillo; textualmente le dijo que abriera los ojos; que el Virrey en persona estaba allí capitaneando un numeroso ejército al que no lograría vencer sólo con arrojo y decisión. Nuevamente Tenamaxtli lo increpó con la sensatez del que reconoce la nobleza y justicia de la causa que defiende: "Debéis estar locos pues por vuestra voluntad venís a que os matemos: nosotros por fuerza nos exponemos a la defensa de nuestras tierras, más a vosotros ¿quién os ha llamado?".

La noche del 26 de noviembre atacaron los españoles. Tomaron la primera posición. Al día siguiente los

indios insurrectos descendieron por dos partes fijando como objetivo de su ataque el campamento de las tropas auxiliares de Xilotepec y de Chalca. Fueron repelidos y obligados a replegarse al lugar donde todo empezó, al cerro del Miztón.

Hasta allí llegaron los españoles, dos días después. Seguramente el número y la fiereza de los atrincherados, sorprendió a Mendoza. Las crónicas hablan de 50 mil y algunas elevan el número a 100 mil. Sabía el Virrey que el enfrentamiento por venir costaría infinidad de vidas y

sufrimientos.

Cuentan que dudó de la legitimidad de su empresa; quizá reflexionó y encontró sensatos o justos lo reclamos de Tenamaztli. Necesitó Mendoza de la opinión de algunos teólogos para proseguir. El Dean de la Catedral de Oaxaca, Pedro de Gómez de Maraver, los agustinos Francisco de Villafuerte y Francisco de Salamanca, y los franciscanos Antonio de Segovia y Miguel de Bolonia le convencieron de la justicia y pertinencia de la causa por la que peleaba.

Aunque las atrocidades de la guerra lastimaban la conciencia de todo buen cristiano; éstas quedaban saldadas por el bien mayor de sacar de la idolatría a los renuentes a abrazar la verdadera fe. Los indios no aceptaron la paz; legítimo era, entonces, hacerles la guerra; le contestaron estos clérigos al Virrey.

El día 30, el padre Segovia les hizo un último llamado, una última exhortación para que se rindieran pacíficamente. Valiéndose de un intérprete, el misionero les soltó a los rijosos un largo sermón; en él les resumió los misterios y verdades básicas de la Doctrina Cristiana. Es probable que los guerreros de Tenamaxtli hayan entendido poco, quizás nada, aquél sermón y tras una desesperante y silenciosa espera comenzaron todos a pelear.

Ocho días duraron los combates. Con el apoyo de la artillería, lograron los españoles tomar el cerro, obligando a los rebeldes a huir y dispersarse. Continuó su campaña el Virrey hasta Nayarit; donde persistían algunos focos de insurrección. Oñate lo disuadió de no continuar pues las agrestes montañas de la región daban ventaja a los rebeldes y hacían inútiles los caballos.

Retornó entonces Mendoza a la capital; donde importantes asuntos demandaban su atención. Oñate hizo lo propio; regresó a Compostela, la primera capital de la Nueva Galicia.

g) Fundación del Obispado de Guadalajara y de la Real Audiencia

Con el sofocamiento del levantamiento del Cerro del Miztón concluyó la etapa militar de la Conquista. Pensaron los neogallegos que el establecimiento de la fe cristina con toda formalidad demandaba la fundación de un obispado.

El 3 de enero de 1543, los alcaldes y regidores de Guadalajara le mandaron una carta al Rey, solicitándole la creación de un obispado en la Nueva Galicia. En 1544, el emperador, Carlos V le hizo extensiva la petición al Papa Paulo III; quien dio su aceptación en 1546.

En orden cronológico, el Obispado de la Nueva Galicia ocupó el lugar sexto, siendo anteriores los de Yucatán (1519), Tlaxcala y Puebla (1525), México (1527), Antequera (1535) y Michoacán (1536). El primero en presidir el recién fundado obispado fue Pedro Gómez de Maraver, originario de Granada, España, Dean de la Catedral de Oaxaca. Gómez de Maraver fue consagrado en México en 1547 y tomó posesión de su cargo ese mismo año.

Nacía una sociedad sobre las ruinas de las antiguas naciones indígenas; esta nueva sociedad, surgida de la fusión de lo europeo y americano; pretendía ser inclusiva y conciliadora. Así lo concibieron los monarcas españoles al no transigir con los conquistadores en su reclamo de esclavizar a los indígenas. El primer obispo de Nueva Galicia respaldaba a los españoles en esta pretensión argumentado que adquirir derechos sobre la libertad de los nativos era el justo pago por las penurias que sobrellevaban en tierras tan escasas en oro y plata.

Un año después, el 13 de febrero, el Rey ordenó establecer una real audiencia en la Nueva Galicia (la segunda en la Nueva España) cuya función sería gobernar y administrar justicia. Su primer lugar de residencia fue la ciudad de Compostela. Dicha audiencia estaría integrada por un presidente y cuatro oidores. El presidente asumiría facultades de gobernador del Reino de la Nueva Galicia. Los oidores ejercerían como tribunales de primera instancia, ocupándose principalmente de asuntos de orden civil.

Compostela no prosperó por los latrocinios y abusos de los oidores; muchos de sus habitantes la abandonaron; el número de familias españolas se redujo a media docena. No había razón para que la Real Audiencia permaneciera en dicha ciudad. Dispuso entonces el Rey trasladarla a Guadalajara; ciudad que ya albergaba, como se mencionó atrás, al obispado. El cambio se ejecutó el 10 de diciembre de 1560.

Bibliografía

Cortés, Hernán (2002). Porrúa. Colección Sepan Cuantos. México.

León Portilla, Miguel (2002). Filosofía Náhuatl. UNAM. México.

López-Portillo y Weber, José (1980). La conquista de la Nueva Galicia. Colección Peña Colorada. México.

Páez Brotchie, Luis (1940). Delgado. Historia mínima. México.

Pérez Verdía, Luis (1952). Historia del Estado de Jalisco. Tomo I, Gráfica, Guadalajara, Jalisco.

Pizano y Saucedo, Carlos (1955). El Rey de Colima (Estudios históricos). CCEH, Círculo Colimote de Estudios Hispanoamericanos. http://www.c-c-e-h.blogspot.com

Riva Palacio, Vicente (1953). México a través de los siglos. Tomo II. Editorial Cumbre. México.

GOBIERNO DE JALISCO